

# REPENSANDO LA REPRODUCCIÓN DESDE LA PERSPECTIVA MASCULINA

Fernando Said Hernández Rodríguez

*Escuela Nacional de Antropología e Historia*

## RESUMEN

En general, la mayoría de la literatura que analiza los factores y riesgos asociados a la reproducción parte de las condiciones y características femeninas, en tanto que se observa una carencia de información de las masculinas, lo que quizá esté asociado con dificultades metodológicas y/o con la construcción social de la reproducción y de lo masculino imperante. El propósito de este trabajo es reflexionar en torno a la reproducción desde la perspectiva masculina y hacer un análisis desde la antropología física, a partir de algunas de las investigaciones que abordan los aspectos masculinos de este proceso e indagar más allá del enfoque de la variabilidad biológica en busca de la relación de los varones con su cuerpo, su experiencia, la percepción de sus roles, etcétera, sin perder de vista lo evolutivo, ontogenético, demográfico y social.

**PALABRAS CLAVE:** reproducción, inversión parental, participación masculina.

## ABSTRACT

In general most of the literature that analyzes the factors and risks associated with reproduction, parts of the female conditions and characteristics, while there is a lack of information from the male's, which may be associated with methodological difficulties and / or the social construction of male reproduction and prevailing. The purpose of this paper is to reflect on reproduction from the male perspective and to do a physical anthropology analysis from some of the research that address the masculine aspects of this process to investigate beyond the scope of biological variability in search of the relationship of men with their bodies, their experience,

perception of their roles, etcetera, from the literature review of different perspectives: evolutionary, ontogenetic, demographic, and social.

KEYWORDS: reproduction, parental investment, male participation.

## INTRODUCCIÓN

El estudio de la reproducción humana tiene una larga historia y se ha abordado desde muy diversos enfoques. Sin embargo, desde finales del siglo XIX predomina la visión de que este proceso es un atributo natural y único de las mujeres, incluso su destino. Desde mediados de los años ochenta y especialmente en los noventa, hasta la fecha, el auge de propuestas, revisiones y reflexiones ha significado, en parte, la reafirmación de los estereotipos establecidos, pero al mismo tiempo cuestiona las categorías existentes.

A principios de la década de 1990, un estudio sobre la relación entre las condiciones ambientales y la espermatogénesis detectó que la calidad del semen (*semen quality*) había disminuido entre 1938 y 1990, en tanto que la relación entre la fecundidad masculina y el conteo de espermatozoides indicaba una reducción de la fecundidad, además de un aumento en la susceptibilidad a padecer anomalías genitorurinarias como el cáncer testicular o criptorquidismo (Carlsen *et al.* 1992). A este estudio le siguieron otros más tratando de probar o rechazar esta hipótesis. Se analizaron varias especies en países como Dinamarca, Argentina, Inglaterra, entre muchos otros, en un periodo que por las discusiones generadas se conoce como las “Guerras de los Espermatozoides” (*Sperm Wars*, término acuñado por Meredith Small en 1991). Este hecho señaló la vulnerabilidad masculina y el significado e importancia de la génesis y construcción de lo masculino. Sin embargo, el debate terminó con la conclusión: “la culpa es de las mujeres” porque los hombres están “cautivos” en su vientre, y es a través de la madre que se transmiten los agentes teratogénicos. Es importante apuntar que el interés por entender la participación de los varones y su salud en la reproducción surgió del movimiento feminista (Daniels 2006: 46).

La preocupación internacional por el crecimiento poblacional, la mortalidad materno-infantil, las enfermedades de transmisión sexual, etcétera, se manifestó en la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo en 1994. Entre las recomendaciones, destaca el interés,

del feminismo, por conocer el desempeño masculino en la vida familiar con el objetivo de alcanzar una mayor equidad de género. Para esto se mostró la necesidad de aumentar la participación masculina en las decisiones reproductivas, así como en las actividades domésticas (Mena y Rojas 2010: 45). Después de tales recomendaciones, además del interés en la salud sexual y reproductiva de los hombres, se encontró que: a) la participación masculina en la reproducción es secundaria; b) los hombres son menos susceptibles que las mujeres a enfrentar padecimientos relacionados con la procreación y reproducción; c) el hombre debe ser viril, capaz de reproducirse y criar a sus hijos; d) los hombres se encuentran relativamente distantes de las complicaciones de salud de los hijos que crían (Daniels 2006; Lerner 1998; Figueroa 1998a, b).

El propósito del presente trabajo es realizar un ejercicio de reflexión en torno a la reproducción desde la perspectiva masculina, por lo que se presentan un recuento sucinto de algunas ideas a lo largo de la historia y un análisis crítico de los trabajos que abordan los aspectos masculinos de la reproducción.

La reproducción es un tema de importancia para la antropología física, pues en éste convergen lo biológico y lo social. Se pueden abordar ambos aspectos de la reproducción no como los extremos de una dicotomía sino como los complementos que integran un proceso importante de la vida de humana. Entre las paradojas que enfrentan la masculinidad y la salud de los varones, en cuanto a derechos y participación reproductiva, destacan que su participación es considerada secundaria. Por un lado, se les considera como participantes secundarios de la reproducción biológica, pero son los hombres quienes han normado y “controlado” la reproducción como única, legítima y natural (de las mujeres), privilegiando el estudio e interpretación de los componentes femeninos de la reproducción. Además, se habla de que hay poco involucramiento masculino en la reproducción, lo que ha generado inequidad en las responsabilidades y derechos reproductivos entre hombres y mujeres. Todas las diferencias provienen de los hombres que privilegian el estudio de la experiencia femenina en la reproducción. A lo anterior habrá que agregar que los varones tradicionalmente han practicado la medicina y, por lo tanto, han evitado señalar que el cuerpo masculino también necesita cuidados y atenciones dada su mayor vulnerabilidad. En el centro de estas paradojas, se encuentra un campo prometedor para el quehacer antropofísico, dada

la necesidad de reformular el concepto de reproducción, aproximarse y rescatar la experiencia masculina en este proceso. Se requiere de nuevos enfoques de salud en materia de reproducción, ya que sólo hay programas de salud materno-infantil, por ejemplo. Por lo que debe señalarse que no sólo las mujeres se reproducen, sino que los hombres necesariamente participan en el proceso, en tanto espacio de negociación, experiencia y conflictos entre los participantes (Daniels 2006; Figueroa y Sánchez 2000).

#### LAS IDEAS SOBRE LA REPRODUCCIÓN A TRAVÉS DE LA HISTORIA

Desde la época clásica hasta inicios del siglo XVI, se pensaba que los cuerpos masculinos y femeninos eran iguales, salvo por los genitales, ya que los de la mujer eran equivalentes a los del hombre, pero invertidos. En el siglo XVII, Malebranche afirmaba que todas las personas existían preformadas desde la creación, lo que implicaba que todos los hombres y sus generaciones habían sido formados en el génesis, y que el ser preformado sólo requería un estímulo. Cuando Leewenhoek descubrió a los animáculos en 1677, se levantaron profundas interrogantes sobre el papel del hombre en la reproducción; sin embargo, Leewenhoek sugirió que en ellos estaba la fuente de toda la generación humana (Daniels 2006).

En siglo XVIII se retomó la noción de la generación espontánea, no obstante, a finales de éste y principios del XIX comenzaron a elaborarse ideas importantes para el estudio de la reproducción, como las de Erasmus Darwin y Lamarck quienes, de manera diferente, hablaron del cambio de los organismos. En 1827, von Baer logró ver el óvulo humano y reavivó el interés en la reproducción y su funcionamiento, lo que promovió la creación de un modelo epigenético sobre la procreación.

Para Darwin, la evolución resulta de la lenta acumulación de pequeños cambios que ocurren gracias a la selección natural y se transmiten por reproducción. Sin embargo, para él, este mecanismo no explicaba el origen de todos los caracteres de los animales, como el plumaje de la cola del pavo real, un rasgo que favorece su éxito reproductivo. Y en relación con los humanos, señala que las diferencias en la tasa de nacimientos de varones respecto de las hembras depende de las circunstancias, región, raza, fisonomía y costumbres (Darwin 1880). Al mismo tiempo, la genera-

ción espontánea fue rechazada por Spallanzani, al realizar exitosamente trabajos de inseminación artificial en una perra (Daniels 2006).

Las autopsias, la recolección y el estudio de productos abortados pusieron en duda el papel masculino, lo que condujo no a un cambio en el balance reproductivo, sino que justificó la división social, reproductiva, laboral y social, es decir, el conocimiento de la biología reproductiva, especialmente la femenina, reflejó la condición social de la mujer durante el siglo XIX, por lo que su estatus, social y biológico era una condición natural, la mujer existía únicamente para procrear y criar hijos (Daniels 2006).

En el siglo XX la genética sentó las bases de la reproducción y apoyó el reconocimiento del papel del espermatozoide, lo que significó discutir sobre la fisiología reproductiva y las hormonas. Así, entre 1930 y 1940, el estudio de las hormonas sexuales masculinas y femeninas generaron una teoría hormonal, que más tarde sería el sustento de la creación de las pastillas anticonceptivas. Por otro lado, el periodo entre 1950 y 1970 fue propicio para el surgimiento de propuestas, muchas originadas desde la sociobiología que indicaban que las diferencias en tamaño de las células reproductivas daban sustento al argumento de que hombres y mujeres tenían estrategias reproductivas distintas. Entre 1980 y 1990 se confrontaron estas ideas sobre las diferencias sexuales, algunas perduran debido al significado social de las estructuras psicológicas, que conllevan a las diferencias funcionales de intereses y roles sociales entre sexos en la reproducción, así como a las diferencias en el interior de las estructuras familiares, políticas y económicas (Daniels 2006).

#### EL ORIGEN DE ESTE TRABAJO

A partir de la literatura consultada, los estudios sobre la reproducción enfatizan la participación femenina en la reproducción y esto se explica por dos razones. Primero, porque los demógrafos prefieren emplear un modelo de un solo sexo por ser más sencillo y conveniente. La segunda razón tiene que ver con la concepción tradicional sobre la dinámica reproductiva. Dado que la gestación tiene lugar en el cuerpo femenino, se hace énfasis en que las mujeres son responsables de la crianza y además, por el mismo diseño biológico, la fecundación y la gestación ocurren

“exclusivamente” en el cuerpo femenino (Wood 1994). Asimismo, el discurso predominante en los estudios y políticas de salud en relación con la reproducción señala que al “ocurrir el embarazo en el cuerpo femenino”, son ellas las que se reproducen y por eso la participación de los hombres es muy restringida (Figueroa y Sánchez 2000). De aquí la necesidad de repensar el planteamiento principal de la reproducción con argumentos que apoyaran la idea fundamental de este trabajo: *los hombres también se reproducen*.

Se parte de algunas premisas que considero son la base:

*Los hombres también se reproducen*. Los hombres participan de diversas maneras en el proceso reproductivo al proporcionar cuidados y atenciones a la madre, proveer alimentos, casa y demás recursos a los hijos y a la familia; al invertir tiempo en el crecimiento y desarrollo de sus hijos, al transmitir los valores sociales y morales y al invertir recursos a favor del éxito reproductivo de sus hijos. La participación masculina en el proceso reproductivo no es ni debe ser reflejo de la femenina, como tampoco las madres lo son de los padres (Gray y Anderson 2010).

*Reproducción no es sinónimo de procreación*. Desde una perspectiva evolutiva, una persona no alcanza su éxito reproductivo hasta que uno de sus descendientes haya tenido al menos un hijo. Esta idea de que un organismo no ha concluido su etapa reproductiva cuando deja de ser fértil se encuentra expresada en la teoría de la historia de la vida (en adelante THV), que tiene tres premisas básicas: 1) los recursos que obtienen los organismos en el ciclo de la vida tienen tres “destinos”: el crecimiento, el mantenimiento y la reproducción. 2) Todo recurso se “invierte” y beneficia el proceso reproductivo parental, también el crecimiento y éxito reproductivo de los hijos, esto es la inversión parental (*parental investment*). 3) Cualquier proceso biológico necesita realizar ajustes que se definen como costos (*trade-offs*) (Charnov 2001; Kaplan 1996).

*Reproducción como un proceso de toda la vida*. La inversión para la reproducción inicia en los organismos desde el periodo gestacional. Se ha sugerido que incluso antes, si se tiene en cuenta que la inversión comprende el éxito reproductivo de los abuelos-abuelas (G1) y madre-padre (G2), como del mismo individuo en formación (G3) y, por lo tanto, de su descendencia en la siguiente generación (G4). El comportamiento reproductivo moderno implica que la idea no está completa, sin incluir

elementos como la *decisión de* procrear o no, a qué edad hacerlo, con quién o cómo controlarlo.

La reproducción es un proceso que abarca varias generaciones, por lo que las experiencias de la generación que antecede a la más reciente influyen en las condiciones en que ocurre la gestación y desarrollo de la descendencia. Aunado a esto, la reproducción es un proceso en el que se invierte y participa diferencialmente, no siendo necesario que las contribuciones masculinas y femeninas sean equivalentes. Por otro lado, la toma de decisiones es muy importante, ya que implica optar, por ejemplo, por procrear o no, con quién hacerlo, etcétera, esto también se relaciona con las inversiones, ya que incluye la decisión por la cantidad, calidad y diversidad de inversiones realizadas, así como del destinatario de las mismas, ya sea la madre o los hijos.

En relación con lo anterior, las conductas reproductivas se construyen en función del papel de los individuos y su exposición a experiencias sociales en edades tempranas de la vida, es decir, al trato parental y la convivencia con los pares, por lo que es razonable esperar que haya otras experiencias, a lo largo de la vida, que incidan y modulen la participación ya sea masculina o femenina en la reproducción (Gray y Anderson 2010).

### **La teoría de la historia de la vida como un posible punto de partida para el estudio de la reproducción**

El pasado de la teoría de la historia de la vida se encuentra en los modelos deterministas de la teoría del equilibrio –o estrategias  $r/K$ – y la ecuación de Lotka y Volterra para el crecimiento de una población. Ambas señalan la importancia del número de hijos y los recursos invertidos en ellos bajo una idea sencilla: a mayor número de hijos, menor cantidad de recursos invertidos en cada uno, y a menos hijos, más recursos para ellos.

A partir de lo anterior, en 1972 Trivers apuntó que para entender las diferencias sexuales en términos reproductivos, la clave se encuentra en la inversión parental. Según su propuesta, entre la mayoría de los mamíferos las hembras son las que invierten más en el cuidado, de tal manera que los machos buscan una oportunidad de apareamiento con ellas –noción muy cercana a la selección sexual–, por lo que la mayor inversión de ellos está en el esfuerzo de apareamiento (*mating effort*), esto es, las inversiones

realizadas para aumentar el riesgo de procrear en un sistema de competencia macho-macho (Trivers 1972).

En 1996, Kaplan propuso un modelo con el que intentó borrar algunas fronteras entre la antropología física y la antropología cultural. La base de este modelo es la THV y los modelos biológico-evolutivos de regulación óptima de la fecundidad en articulación con la teoría del capital humano, para producir una teoría de síntesis sobre las inversiones en el capital corporal (*theory of investments in embodied capital*) (Kaplan 1996; Konner 2010). Desde este enfoque, la fecundidad y los procesos de crecimiento y desarrollo responden a las variaciones del ambiente, pero la respuesta es mediada por el comportamiento, que incluye la duración del periodo intergestacional, la frecuencia y duración de la lactancia, el patrón de consumo de alimentos, etcétera (Kaplan 1996). En este sentido, la paridad conlleva “demandas acumuladas”, especialmente cuando el periodo intergenésico es muy reducido, por lo que si las condiciones de la gestación no son las mejores, consecuentemente los atributos generadores de ingresos o fomentadores de la aptitud reproductiva no alcanzan su potencial de expresión e influencia óptimos, y esto se verá reflejado en la cantidad y “calidad” de los hijos, es decir, su condición general de salud, su estatus general de crecimiento, etcétera.

Hoy en día, la THV intenta explicar y predecir los ciclos vitales a partir de intercambios, costos o balances entre el gasto y la distribución de recursos, así como en la sincronización efectiva entre los procesos biológicos que dependen de la plasticidad del desarrollo de los organismos, esto se refiere a la manera en que los organismos distribuyen el tiempo y energía (Reiches *et al.* 2009).

### **Importancia de la participación masculina en la reproducción**

La familia es el primer contexto de aprendizaje de roles y estereotipos relacionados con múltiples aspectos del desarrollo de los seres humanos (Torres *et al.* 2008). Las teorías identitarias señalan que a través de los padres se transmiten expectativas y atributos que se asocian con uno u otro rol, es decir, se transmiten e interiorizan valores y significados sobre “cómo ser padre”, que presentan cierto grado de flexibilidad aunque la base siempre es lo que se “ve y aprende” (Gray y Anderson 2010; Litton y Bruce 2001; Maccoby y Jacklin 1974; Torres *et al.* 2008). A este respecto,

el ser madre o padre representa un proyecto en el cual se tienen que cumplir ciertas funciones, como son establecer una relación personal y emocional con los hijos, promover su crecimiento y desarrollo a partir de la atención a la salud, proporcionar un ambiente de apoyo y afecto, proveer los estímulos que les permitan alcanzar un desarrollo integral, etcétera, por lo que gran parte de estas prácticas tienen su origen como estrategias que se han transmitido, con adecuaciones al momento socio-histórico, y de ahí la importancia de la construcción social del papel que deben desempeñar hombres y mujeres (Maccoby y Jacklin 1974; Torres *et al.* 2008). En este sentido, se habla de tres formas básicas de transmisión de estos valores. Una es por imitación, ya que durante la infancia se “escogen” modelos bajo una identificación sexo-genérica. El segundo modelo se relaciona con el sistema recompensa/desaliento, en donde se recompensa el comportamiento que se considera adecuado para el sexo y se desalientan los comportamientos relacionados con actividades que, según la construcción social, no corresponden con el sexo. Finalmente, la tercera opción de aprendizaje es la socialización, que incluye las dos opciones anteriores, puesto que en las edades previas a la adolescencia se construyen conceptos de lo que es ser hombre o mujer, y una vez que tenga un claro entendimiento de su propia identidad sexo-genérica intentará “llenar” ese espacio con lo que considere apropiado (Maccoby y Jacklin 1974).

Es cierto que estos tres modelos no terminan de explicar cómo se configura la transmisión de valores; sin embargo, en los tres están presentes dos elementos fundamentales: 1) el papel que desempeñan socialmente los hombres y mujeres, con especial énfasis en el contexto familiar, y 2) la importancia de la convivencia social, en la cual hay un enfrentamiento con las normas de conducta en la vida cotidiana en donde se asigna el rol y la apropiación del mismo (madre o padre) junto con una serie de diferencias en las apreciaciones y valoración de los distintos roles, lo que conduce a la reproducción de estereotipos socialmente aceptados como naturales (Torres *et al.* 2008). A partir de lo anterior resalta la importancia de la convivencia paterno-infantil, ya que implica pasar tiempo con alguien, o bien utilizarlo como un recurso que puede “gastarse” y destinar cierta fracción del mismo a una actividad particular. Este recurso no sólo se dirige a los hijos, sino que se puede invertir desde el embarazo, en

cuidados hacia la madre o como un recurso relacionado con el esfuerzo por establecer un tipo de relación (*mating effort*).

En la literatura se emplean indistintamente los términos “cuidado parental”, “grado de participación”, “inversión parental”, etcétera; en este trabajo se prefiere la noción de “inversión parental”, ya que considero apropiado emplear la propuesta de Gray y Anderson (2010), pues presentan y emplean el concepto de una forma más amplia, que incluye la “administración” de recursos –como tiempo, comida o dinero– que aumenten la aptitud de la descendencia, es decir, se puede invertir en los hijos sin estar físicamente cerca, al proveer alimentos, construir o proporcionar un hogar, etcétera, y al mismo tiempo se incluye la noción de los psicólogos en relación con la cercanía emocional o calidez parental (*parental warmth*). De acuerdo con esta propuesta, el cuidado parental puede dividirse en cuidado directo o indirecto. El primero se refiere al contacto físico o una interacción cercana con el hijo que proporcione un beneficio o aumento de sobrevivencia, como cargarlo, etcétera, mientras que el cuidado indirecto se refiere a la provisión de bienes, la protección contra depredadores u otros peligros. Entre estas dos grandes categorías está la enseñanza-transmisión de valores sociales-morales propios. Los autores proponen una cuarta categoría que abarca desde el involucramiento en el parto hasta el castigo físico, ya que hay diversas sociedades con una gran variabilidad en prácticas, creencias, sistemas políticos, entre otros. También señalan la “mala paternidad”, esto es, los padres que no participan, los padres parásitos –aquellos que merman los recursos destinados a los hijos, la madre o ambos– y los que cometen abuso sexual (Gray y Anderson 2010).

Entre los humanos, la inversión parental masculina en la reproducción es de gran importancia, porque la evidencia sugiere que las estrategias reproductivas de los varones están altamente condicionadas por el contexto social, ya que la plasticidad comportamental los ha facultado para desarrollar y combinar estrategias y poder invertir en la inseminación de múltiples parejas, con el riesgo de una alta mortalidad neonatal, o bien, invertir en menos parejas y tener mayor sobrevivencia de pocos hijos (Charnov 2001; Guyer 1998).

El estudio de los lazos parentales muestra la importancia de la paternidad, ya que existe algún lazo entre padre e hijo, y éste se encuentra presente casi en todas las sociedades humanas. Este lazo es muy importante

entre los beti, los ashanti, los aka o los yoruba, sociedades en las cuales puede haber dos figuras: el padre biológico, *genitor*, y el padre social, *pater*, quien en términos de la reproducción social es mucho más importante que el *genitor*, pues el vínculo es también de tipo espiritual con los ancestros para poder perpetuar la continuidad entre las líneas genealógicas, ya que este componente espiritual sólo puede ser transmitido de padre a hijo, además de que sin el *pater*, el niño no puede atravesar por diversos rituales de paso, pues se requiere de su padrinzago, orientación y participación en el ritual (Guyer 1998).

En contraste con lo anterior, se señala que antes de 1990 había pocos estudios etnográficos detallados que dieran cuenta de la relación entre padres e hijos, pues los enfoques teóricos y las metodologías privilegiaron el rol materno, propiciando la ausencia de datos que clarificaran el rol paterno y sesgando mucho la información, ya que se favorecieron los análisis comportamentales –materno-infantiles– de actividades diurnas, omitiendo otras, como las que llevan a cabo los padres al acostar a sus hijos-hijas. Debido a que muchas de las herramientas no se aplicaron a los padres, las diversas tareas que cumplen como cuidadores no se reconocen (Hewlett 1991).

El nacimiento de un bebé masculino vivo significa, entre otras cosas, el nacimiento de un padre, refiriéndonos tanto al varón que contribuyó con su material genético como al neonato, pues ha recibido los aportes parentales, y a veces los de hermanos y otros familiares para que sus posibilidades reproductivas sean mayores. De la misma manera, el recién nacido señala el cumplimiento del “objetivo” de las inversiones realizadas por el “abuelo” en el padre, y abre la posibilidad al padre de tener quien reciba directamente sus contribuciones para la reproducción (Gray y Anderson 2010; Guyer 1998; Hewlett 1991). De igual forma, la inversión parental es relevante en las sociedades industrializadas, ya que desde finales de 1950 se han registrado cambios en el tiempo de convivencia entre padres e hijos (Gray y Anderson 2010; Sayer *et al.* 2004), y más aún cuando se conceptualiza la inversión parental en articulación directa con las relaciones de pareja, se dice que este tipo de relaciones han dado “forma” a la variedad de sociedades humanas, ya que hasta la fecha la mayor proporción de nacimientos ocurren en un contexto de relaciones de pareja de larga duración, incluyendo matrimonio o cohabitación sin

matrimonio –donde la presencia de hijos es importante para la transición al matrimonio (Gray y Anderson 2010).

Hay que hacer notar que el hombre tiene que ser esposo, amante, amigo, trabajador, administrador, maestro, compañero de juegos, y contribuir con recursos al sostenimiento del núcleo familiar. Estos roles modulan el proceso reproductivo, de tal manera que no puede emplearse el mismo modelo para las sociedades tradicionales e industrializadas, pues se ha encontrado una correlación negativa entre el número de hijos y el nivel de educación, ingresos o estatus socioeconómico, ya que en las sociedades industrializadas los más pobres tienen más hijos –como en las tradicionales–, mientras que en los estratos sociales medios y altos existe la tendencia a tener menos hijos (Gray y Anderson 2010; Kaplan 1996; Sayer *et al.* 2004). Esto es el producto de las sociedades con modos de subsistencia basados en el mercado de trabajo asalariado. Si entendemos esto de manera más amplia, el crecimiento depende de las inversiones parentales, de ahí que la forma en que se distribuye el capital parental es un reflejo de la sociedad y sus condiciones, por lo que la inversión parental depende del efecto que han tenido las transiciones en la forma en que crecen y se desarrollan los individuos, pues el contexto establece ciertos límites o constricciones al comportamiento humano.

#### PROBLEMÁTICA EN TORNO A LA PARTICIPACIÓN MASCULINA EN LA REPRODUCCIÓN

Si bien es cierto que la diferencia sexual ha servido para establecer relaciones de poder y subordinación a favor del hombre, una posible excepción es el surgimiento de la ginecología en la Roma antigua, mientras que la andrología es una “creación” muy reciente, alrededor de la segunda mitad del siglo XX, cuando surgió como una práctica médica válida y aceptada, y no fue sino hasta finales de la década de 1970 que se comenzó a aceptar esta especialización médica. Este desfase resultó en el poco entendimiento e interés en la salud sexual y reproductiva masculina, pues no existió una guía de detección, prevención y tratamiento médico adecuado para los hombres que tradicionalmente no habían sido educados para cuidar su salud, lo que ayudó de manera indirecta a reforzar el “mito del hombre siempre fuerte, resistente y viril” (Daniels 2006; Figueroa y Sánchez 2000).

La fragilidad de la salud masculina fue puesta en escena por algunos investigadores como Carlsen *et al.* (1992), a quien se le cuestionó por negar que hubiera ocurrido un descenso en el conteo de espermatozoides, o su contaminación por ingesta de alimentos o por exposición laboral. Es indudable que los datos biomédicos han impactado de tal manera la vida de las personas que las construcciones de lo masculino y lo femenino se han asociado a estereotipos que han persistido a lo largo del tiempo, como la negación de la vulnerabilidad física de los hombres. Al mismo tiempo que han producido falacias, a partir de ideas distorsionadas que no corresponden con la realidad que viven los cuerpos, es decir, se trata de una producción social de la “verdad”, a partir de la división sexual en tanto comportamientos y roles. Mientras que entre la madre y el feto se reconoce una relación directa y visible, en términos de reproducción, la relación entre el padre-feto-hijo siempre se construyó como una relación poco clara, frágil, indirecta, invisible, incluso cuestionable (Daniels 2006; Lerner 1998), como se expresa en el dicho “los hijos de mis hijas, mis nietos serán; los hijos de mis hijos, sólo Dios sabrá”.

La demografía también participó en esta construcción. Wood (1994) menciona que al ser más evidente la relación madre-feto, la atención se enfoca hacia las mujeres, pues su estudio requiere menos reelaboración de metodologías, técnicas y conceptos, además porque la ovulación requiere más tiempo y ciclos más fácilmente detectables y, por lo tanto, se impone un límite a la capacidad de concepción y eso hace más sencillo estudiar la fecundidad humana. No obstante, esta postura ha provocado que la responsabilidad del comportamiento reproductivo recaiga en las mujeres, “relegando a los varones a una posición marginal” (Lerner 1998), pero también a una posición de comodidad (Daniels 2006) al retirarles responsabilidad en materia de decisiones reproductivas.

Así, se advierte que en la construcción clásica de categorías y conceptos sobre la fecundidad se privilegian las determinantes próximas del lado femenino, especialmente en la toma de decisiones sobre la regulación del comportamiento reproductivo y sexual, y a pesar de que el discurso institucional y de algunos hombres señala que la responsabilidad es compartida, la visión de las mujeres es opuesta al menos hasta finales de la década de 1980, al señalar que los hombres decidían sobre el número y espaciamiento de los hijos (Figuroa 1998b). Esto mismo se pone de manifiesto en el diseño de herramientas empleadas para el estudio de la

fecundidad, las cuales han estado orientadas a caracterizar el comportamiento sexual y reproductivo de las mujeres, lo que incluye de manera clara su papel y sólo de manera implícita el de los hombres. Los resultados de estos trabajos y su análisis han servido para elaborar políticas y programas de planificación familiar y salud reproductiva, con acciones limitadas a las mujeres, reforzándose el estereotipo del hombre controlador de la actividad sexual y reproductiva, pero también obstaculizador de la planificación familiar, control natal y prácticas sexuales seguras (Figueroa 1998b; Lerner 1998). La posición del varón en la reproducción ha sido relegada, y en la medida en que sólo se le consideraba como el que depositaba la “semilla”, se transformaba en una figura ajena y un tanto lejana del embarazo y de sus propios hijos. En cuanto a su responsabilidad, su participación se enfocó en la crianza, promoviéndose así el estereotipo del “hombre proveedor”, noción limitada a los que sólo contribuyen con dinero para la estabilidad familiar, a pesar de que provean de variadas maneras, como se ha mencionado previamente.

La percepción del varón lejano promovió la idea del hombre-padre distante de los hijos, de su crianza, de su salud; la del padre que sólo sirve como institución financiera y funge como un opresor-dominador, y que su “no participación” orienta, promueve y justifica que las acciones tomadas para educar, informar, reproducir y controlar la sexualidad y el proceso de reproducción sean dirigidos exclusivamente a la mujer, resultando así una valoración y legitimación de la maternidad como el papel prioritario, social y natural de ellas (Daniels 2006; Figueroa 1998b; Lerner 1998; Meler 2000).

A raíz del rechazo de la relación entre el daño fetal y las causas mediadas por vía paterna surgieron dos teorías: una relacionada más directamente con los espermatozoides y su “condición” y otra asociada a los óvulos femeninos. La primera señala que sólo los espermatozoides en mejores condiciones podrán llegar y “conquistar” al óvulo. Así, los sanos son los mejores candidatos, mientras que aquellos con daños bloquean a los espermatozoides intrusos, por lo que no representaban un riesgo de daño fetal. La segunda teoría postula que los espermatozoides son “conducidos” hacia los óvulos, pues éstos secretan un químico para atraer a los espermatozoides. A mediados de los noventa, se encontró que las pequeñas vellosidades del tracto cervicouterino facilitan la movilidad

de todos los espermatozoides, sanos o no, por lo que aun aquellos con alteraciones o malformaciones podían fecundar al óvulo (Daniels 2006).

Este nuevo contexto supuso a su vez dos líneas de investigación: una enfocada a identificar agentes tóxicos que afectaran directamente la fecundidad masculina y a los productos de los hombres contaminados, y la segunda, dirigida a los derechos sobre salud sexual y reproductiva. En la primera, la reacción inicial por parte de las autoridades de salud pública fue poco menos que silenciosa, ya que aunque impactaba en la vida cotidiana –por el uso de fertilizantes, pesticidas, solventes, incluso el tabaquismo y alcoholismo–, se rechazó la transmisión vía paterna de malformaciones o algún tipo de daño causado por la exposición a contaminantes, pues no se tenían ejemplos contundentes de tal relación, y la discusión se situó de nuevo en un eje masculino-femenino. Esto tuvo gran impacto en las políticas de salud y en las estrategias empleadas, lo que se relaciona con la segunda línea de investigación, al convertirse la planificación familiar en un derecho universal desde la I Conferencia Mundial de Población organizada por las Naciones Unidas en 1974 en Bucarest (Barbieri 1985).

En México, la tasa de fecundidad no cambió de manera significativa hasta 1970 y especialmente en 1980, cuando entraron en vigor las políticas de planificación familiar y se estableció como un derecho la salud reproductiva y la planificación de la familia. No obstante, debido a que estas políticas se enfocaron especialmente en ciertos sectores de mujeres, se plantearon dudas al respecto del libre ejercicio de la planificación familiar y sus consecuencias en materia de salud, pues no se consideraron el rol de la mujer en la sociedad y la familia, el sentido y valorización de la maternidad, el significado simbólico y económico de los hijos en la familia, así como el ejercicio de la sexualidad y el acceso a las decisiones reproductivas (Barbieri 1985). Estas políticas en torno a la reproducción, así como la construcción social, han mantenido al varón al margen de la regulación de la fecundidad, o bien, en una posición privilegiada en la que la responsabilidad recae primordialmente en la mujer. Paradójicamente, desde el campo de la medicina, la demografía y la legislación, los hombres han ejercido el poder y han fomentado esta reproducción social de estereotipos y espacios de inserción social de los actores, en donde se han justificado, validado y reproducido códigos de conducta diferenciales

para hombres y mujeres en relación con la sexualidad y la reproducción (Figueroa y Sánchez 2000).

Se ha señalado que la construcción social de los roles en la reproducción ha dejado fuera al hombre de las decisiones reproductivas, especialmente en relación con el aborto. En Estados Unidos se creó el Centro Nacional para Hombres (The National Center for Men), pues al ser las madres las que demandan el reconocimiento de los padres, reclamando la condición de progenitores y la colaboración en la manutención de los hijos, los varones se organizaron argumentando que no planearon tener un niño, que vino al mundo luego de relaciones sexuales casuales o informales, durante las cuales no tomaron precauciones anticonceptivas, ni hombres ni mujeres, y señalan que el número de juicios por paternidad es una cifra tan significativa como el de abortos programados por mujeres que no desean llevar adelante un embarazo; por lo tanto, si ellas pueden optar por no ser madres, ¿por qué a los varones se les niega la posibilidad de decidir? Por tal motivo, han buscado reivindicar su derecho a renunciar a la paternidad en los casos en que no la han deseado (Meler 2000). En México, según los datos de la Segunda Encuesta Nacional sobre Aborto de 1992, 88.4 % de las personas consideraban que la decisión sobre el aborto correspondía a la mujer (Figueroa y Sánchez 2000) y actualmente podemos observar que esta condición no ha cambiado mucho, pues las decisiones reproductivas se siguen tomando en el lado femenino con nula o muy poca participación masculina.

#### EL ESTUDIO DE LA REPRODUCCIÓN EN LA ANTROPOLOGÍA FÍSICA

Partiendo de la revisión y análisis de la literatura consultada, se elabora la siguiente propuesta que tiene como propósito plantear la necesidad de generar una línea de investigación en torno a la participación masculina en la reproducción.

El primer elemento que se ha considerado importante rescatar es el análisis del marco histórico-social como el contexto macro al cual se puedan referir las particularidades personales de cada varón. Esto significa conocer cómo se estructura la población de donde obtenemos la información, pero también cómo ha cambiado esa estructura en función de las principales transiciones: demográfica, epidemiológica, comporta-

mental, sociopolítica, económica, etcétera. Esto es necesario, ya que la construcción de los roles parentales no es rígida sino dinámica, además está determinada por la situación particular de los grupos humanos, y al mismo tiempo se encuentra modulada por la relación establecida por cada individuo con su situación.

En concordancia con lo expresado por Figueroa (1998 y 2000), es necesaria una reformulación del concepto de reproducción, ya que en diversos estudios se han indicado las limitantes que presenta la conceptualización actual. Por lo tanto, en este trabajo se propone recuperar desde la teoría evolutiva, con un marco ecológico, un concepto de reproducción que reúna una diversidad de enfoques en torno a una visión complementaria, tanto entre las ciencias como entre los participantes en la reproducción. Así, se propone que en este proceso no hay una figura con un papel predominante, por lo que el padre y la madre participan en equidad cualitativa, pero con una diversidad en cuanto a las formas de contribuir, y finalmente que la reproducción es un fenómeno que ocurre durante el ciclo vital y se encuentra mediado por la dinámica social-histórica. Esto se justifica desde la THV, la cual señala que los recursos invertidos favorecen el éxito reproductivo de los organismos, y que a partir del diseño evolutivo de nuestra especie nos preparamos para la reproducción desde la gestación y participamos en este proceso durante toda la vida. Esta noción de la reproducción se ve reforzada al tener en cuenta que desde edades muy tempranas los niños y niñas son depositarios de valores, atributos y expectativas transmitidas social y culturalmente. En este sentido, no sólo son el producto de una reproducción biológica, sino parte activa de la reproducción social.

De esta manera, al conocer el contexto en un nivel macro, y teniendo una forma de dirigir la mirada a partir de éste a un nivel más específico de análisis, podemos aproximarnos al entendimiento de lo que son las expectativas, conflictos, negociaciones y transformaciones que los hombres tienen que experimentar desde el rol de padres –y las mujeres desde la maternidad–, pues de acuerdo con lo vertido en este documento, la subjetividad de cada actor es importante en la construcción y reafirmación de ciertos valores y atributos que permanecen a través de las líneas parentales en cada generación, es decir, de las maneras en que se transmite y enseña “cómo ser padre”.

En cuanto a la participación masculina en el proceso reproductivo, podemos decir que los hombres participan activamente, incluyendo también las “inversiones negativas”. Entre los padres que invierten de manera positiva, las posibilidades de contribuir son muchas, ya sea desde aportar dinero, pasar tiempo con los hijos jugando o incluso en la noche al llevarlos a la cama y pasar un tiempo con ellos cuando duermen, además de todas las combinaciones posibles entre inversiones. Esta variedad de inversiones no sólo son dirigidas a los hijos sino que una parte de ellas se destina a la madre o pareja, por lo tanto también se considera que es una inversión en la reproducción. Se hace énfasis en la utilidad del término “inversión parental”, ya que puede emplearse desde la psicología, sociología, antropología, entre otras, comprendiendo toda la complejidad que suponen las condiciones demográficas, económicas, sociales, de salud, nutrición, etcétera.

Entre las propuestas que se han postulado en México, casi en su totalidad desde los estudios de género y ética feminista, se ha señalado que para poder explicitar el papel de los varones en la reproducción es necesario abrir un espacio que incluya los diagnósticos de salud reproductiva, al identificar sus presencias y ausencias, y cómo estas diferencias son fundamentales al modular las condiciones para las mujeres e hijos. Una forma de señalar las presencias y ausencias es a partir del riesgo biológico potencial que representan los padres para su descendencia, pues los hombres son un vector que puede producir daño fetal que incide en: la morbilidad y mortalidad fetal y materna durante el embarazo, parto, puerperio, lactancia, etcétera (Daniels 2006; Figueroa y Sánchez 2000; Golden *et al.* 1999), y también repercute en la ocurrencia de abortos espontáneos o no inducidos. Por ello, se propone aproximarse no sólo a la historia clínica y reproductiva de la mujer sino también a la del hombre, solicitando información sobre las condiciones de trabajo, incidencia de algunas enfermedades, abortos previos con la pareja, o bien, con parejas anteriores. Por otro lado, analizar la historia reproductiva de los varones plantea la problemática del número de hijos, ya que normalmente los hombres sólo reportan los que ellos reconocen o de los que tienen conocimiento, y a pesar de esto se considera que la información obtenida es valiosa, ya que permite contrastar los datos y obtener el número de hijos varones nacidos por cada hombre.

Es necesario señalar que las relaciones de género y poder bajo las cuales se practica la sexualidad y ocurre la reproducción influyen en la

toma de decisiones, relacionadas con las prácticas sexuales, su frecuencia, el inicio de la procreación o el empleo de métodos anticonceptivos, etcétera. Saber cómo se toman estas decisiones permite identificar su presencia en el proceso reproductivo tanto en hombres como en mujeres.

Dada la importancia histórica y social que las nuevas expresiones parentales y de organización familiar han adquirido, se requiere contar con instrumentos apropiados para realizar aproximaciones a la construcción de estas nuevas formas de ser padre y madre para evitar ausencias o construcciones que releguen uno u otro papel.

Finalmente, considero que esta propuesta permite a la antropología física abordar un área con gran posibilidad de desarrollo, que es relevante por su sentido evolutivo, su relación con la salud, la referencia al cuerpo, la experiencia del cuerpo que es única y diversa en cada persona y en cada evento reproductivo, así como por la problemática que presenta para su estudio. Esta propuesta exploratoria presenta, a diferencia de las otras, no sólo una perspectiva de género sino una articulación fundamentada en la noción de inversión parental, entre el carácter biológico y evolutivo de la reproducción y el carácter socializado del mismo proceso siempre bajo las relaciones de la dinámica poblacional en que esté contextualizado (Daniels 2006).

## REFERENCIAS

BARBIERI, T. DE

1985 Las mujeres, menos madres. Control de la natalidad: ¿control de la mujer?, *Nueva Sociedad*, 75: 105-113.

CARLSEN, E., A. GIWERCMAN, N. KEIDING Y N. SKAKKEBAEK

1992 Evidence for decreasing quality of semen during past 50 years, *British Medical Journal*, 305: 609-613.

CHARNOV, E.

2001 Reproductive efficiencies in the evolution of life histories, *Evolutionary Ecology Research*, 3: 873-876.

DANIELS, C.

2006 *Exposing men*, Oxford University Press, Nueva York.

- DARWIN, C.  
1880 *El origen del hombre*, Trilla y Serra, Barcelona.
- FIGUEROA, J.  
1998a Fecundidad en el ciclo de vida masculina: apuntes sobre algunos temas para discusión, S. Lerner (ed.), *Varones, sexualidad y reproducción*, El Colegio de México-Sociedad Mexicana de Demografía, México: 47-55.  
1998b La presencia de los varones en los procesos reproductivos: algunas reflexiones, S. Lerner (ed.), *Varones, sexualidad y reproducción*, El Colegio de México-Sociedad Mexicana de Demografía, México: 163-189.
- FIGUEROA, J. Y V. SÁNCHEZ  
2000 La presencia de los varones en el discurso y en la práctica del aborto, *Papeles de Población*, 25: 59-82.
- GOLDEN, A., J. MOLINE Y N. BAR-CHAMA  
1999 Male reproduction and environmental and occupational exposures: A review of epidemiologic methods, *Salud Pública de México*, 41: s93-s105.
- GRAY, P. Y K. ANDERSON  
2010 *Fatherhood: Evolution and human paternal behavior*, Harvard University Press, Cambridge.
- GUYER, J.  
1998 Las tradiciones en el estudio de la paternidad en la antropología social, S. Lerner (ed.), *Varones, sexualidad y reproducción*, El Colegio de México-Sociedad Mexicana de Demografía, Mexico: 99-136.
- HEWLETT, B.  
1991 *Intimate fathers: The nature and context of Aka Pygmy paternal infant care*, The University of Michigan Press, Ann Arbor.
- KAPLAN, H.  
1996 A theory of fertility and parental investment in traditional and modern human societies, *Yearbook of Physical Anthropology*, 39: 91-135.
- KONNER, M.  
2010 *The evolution of childhood: relationships, emotion, mind*, The Belknap Press, Harvard University Press, Cambridge.

LERNER, S.

- 1998 Participación del varón en el proceso reproductivo: recuento de perspectivas analíticas y hallazgos de investigación, S. Lerner (ed.), *Varones, sexualidad y reproducción*, El Colegio de México-Sociedad Mexicana de Demografía, México: 9-45.

LITTON, G. Y C. BRUCE

- 2001 Conditional fatherhood: Identity theory and parental investment theory as alternative sources of explanation of fathering, *Journal of Marriage and Family*, 63: 394-493.

MACCOBY, E. Y C. JACKLIN

- 1974 *The psychology of sex differences*, Stanford University Press, Stanford.

MELER, I.

- 2000 Los padres, M. Burin y I. Meler (eds.), *Varones*, Paidós, México: 255-287.

MENA, P. Y O. ROJAS

- 2010 Padres solteros de la Ciudad de México. Un estudio de género, *Papeles de Población*, 16: 41-74.

REICHES, M., P. ELLISON, S. LIPSON, K. SHARROCK, E. GARDINER Y D. LAURA

- 2009 Pooled energy budget and human life history, *American Journal of Human Biology*, 21: 421-429.

SAYER, L., S. BIANCHI Y J. ROBINSON

- 2004 Are parents investing less in children? Trends in mothers' and fathers' time with children, *American Journal of Sociology*, 110: 1-43.

TORRES, L., A. GARRIDO, A. REYES Y P. ORTEGA

- 2008 Responsabilidades en la crianza de los hijos, *Enseñanza e Investigación en Psicología*, 13: 77-89.

TRIVERS, R.

- 1972 Parental investment and sexual selection, C. Campbell (ed.), *Sexual selection and the descent of man*, Aldine, Chicago: 136-179.

WOOD, J.

- 1994 *Dynamics of human reproduction: Biology, biometry, demography*, Aldine de Gruyter, Nueva York.